

tado sobre una base de calidad técnica, reputada de inmejorable, no quiere exponerse al fracaso que significaría verse clasificado detrás de cualquier grupo de seudoaficionados. Antes que eso es mejor quedarse en sus ínsulas, que es, precisamente, lo que hacen.

El otro criterio es, por ejemplo, el de que se aprovechan los italianos: puesto que hay tolerancia para los falsos *amateurs*, y la Federación Nacional no se atrevió todavía a abordar el magno problema, cabe concurrir llevando la mejor selección, sin parar mientes en que antes de salir al estadio hay que dar una palabra en falso acerca de la condición deportiva de los jugadores. Pero, ¡bah!, serán tantos los falseamientos que se puedan escuchar, que uno más...

Entre las dos tendencias, la adoptada por España—la que se ajusta a la más rigurosa verdad compatible con la definición de *amateur*—será quizá la que más raramente pueda advertirse. Hoy los Juegos Olímpicos, y de ellos el torneo de fútbol, son una oportunidad de fabulosa *réclame*, ante la que cada país piensa, sobre todo, en su conveniencia y en la obligatoriedad de compensar los grandes sacrificios haciendo un honroso papel. Y si es indispensable dejar al margen ciertas reservas mentales, en las que van envueltas las más puras sensaciones del deporte, se apartan sin dolor, con tal de conseguir el triunfo, las palmas olímpicas, el supremo galardón de ver ondear al viento, victorioso, el pendón nacional en lo más alto del más alto mástil del imponente estadio...

Pero el fútbol no podrá continuar acudiendo a los Juegos Olímpicos si no es completamente purificado, tal como sería esencial que estuviera presente. Es casi seguro que en breve plazo, apenas terminen las jornadas de Amsterdam, se plantee la cuestión del campeonato mundial de las selecciones profesionales, la competición a que irían sin el más leve sonrojo todos los elegidos de los países donde más y mejor

se juega. Y tal vez el secreto de este torneo olímpico de fútbol—posiblemente el último—, con sus dificultades y tantas concesiones discutibles, no sea otra cosa que la verdadera razón de nacer de ese futuro torneo, al mismo tiempo que el favor hecho a Holanda, que, sin fútbol, veía peligrar su costosísima organización.

No hay, pues, que sentir inquietudes respecto de los resultados de nuestro fútbol en Amsterdam.

Las dificultades sucesivas que de una Olimpiada a otra han ido empobreciendo el torneo (la guerra con su tremenda conmoción ulterior), tenía condenado éste de Holanda, acerca del que un crítico francés demasiado optimista pensó que marcaría la más brillante restauración de los Juegos. Nuestros seleccionados, sin la preparación que la saturación del campeonato impidió darles, están en Amsterdam bien provistos de su cálido entusiasmo. ¿Qué papel les estará reservado?

Frente a tantos grupos admirablemente preparados (aunque no tantos como en París y en Amberes), la victoria definitiva nos parece tan imposible como una desclasificación prematura, que sólo justificaría la mala fortuna de la ciega suerte en la elección de los primeros rivales. Mas en cualquier caso, estemos persuadidos de que los Juegos tienen hoy un valor que no es el de los anteriores certámenes, y que para acreditar definitivamente el fútbol hispano será preciso esperar la hora de ese otro campeonato de amplia envergadura, al que no dejarán de asistir Inglaterra, Checoslovaquia, Hungría y los países donde el juego adquirió la más depurada clase y que, sin embargo, antes de una interpretación incorrecta de los reglamentos prefieren abstenerse de comparecer.

Hoy los futbolistas españoles en Amsterdam son rigurosos *amateurs*. ¡Confíemos en sus méritos y en su amor a la Patria, cuyos colores deportivos van a defender!

Tom Ray.

